ir: temía la selva por lo sombría; los matorrales por sus espinas; las hierbas porque no le parecían suficiente abrigo. Erraba perdido, cuando observó bajo un árbol un montecillo de un metro de altura por tres de diámetro; en él se precipitó, de cabeza, creyendo como los niños que nadie le vería, porque su rostro estaba oculto; pero notó que podía penetrar todo entero en aquel asilo; parecía de masa, cedía á la más ligera presión, se extendía, se estiraba, y José logró en un instante desaparecer por completo.

¡Ay! Se hallaba en uno de los vastos hormigueros que pululan en las selvas al pie de los árboles, entre las altas hierbas. Todos los viajeros se quejan de esas hormigas, de las que señalan más de veinte especies; Livingstone afirma que no conocen el miedo, y se lanzan con igual furor sobre los más pequeños, como sobre los mayores animales: el marqués de Compiegne, que acaba de morir en el Cairo, las llama *bashikuaix;* «sus pinzas, añade, se asemejan á un anzuelo, y muerden con tal encarnizamiento, que muchas veces sólo se logra arrancar el cuerpo, quedando la cabeza en la herida.»

Dichosamente para José, la mayor parte de los negros son sumamente golosos de esos termites: los fríen ó cuecen, los mezclan con granos de doura ó de eleusina, y los comen en la palma de la mano con sin igual delectación. Así que los indígenas se apoderaron de él para desembarazarle de sus enemigos en provecho de sus estómagos, llevaron la afabilidad hasta

el punto de llevarse tras la espesura al ayuda de cámara, desnudarle, sacudir sus vestidos y sobre su cuerpo hacer la última cosecha. Toda la provisión fué encerrada en un cesto y destinada á la cena.

La noche se acercaba rápidamente; era preciso ganar prontamente la orilla de la selva y buscar abrigo para pasarla. Los europeos, precedidos de su escolta, pusiéronse en camino.

XII

Hacia las siete de la tarde llegaron á una aldea, donde les ofrecieron hospitalidad; y después de la comida, en que los elefantes muertos hicieron el gasto, apresuráronse á buscar descanso en una cabaña extensa puesta á su disposición por el jefe del distrito.

José fué el único que no siguió ese ejemplo; no podía consolarse de no poder llevar á Francia, siquier como trofeo, como recuerdos de la caza en que tan... activa parte había tomado, los colmillos de elefante, regalados á los negros. Así que no bien sus amos se retiraron á sus cabañas de barro y troncos, púsose en busca del intérprete Omar para rogarle le sirviese de intermediario en sus arreglos con los indígenas. Les ofrecía, en cambio de los fa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mosos y deseados dientes, cinco brazaletes de cobre y varios collares de cuentas rojas que á prevención traía.

Los indígenas, después de consultarse, rehusaron cuentas y brazaletes, pero declarando que cambiarían el marfil por escopetas; habían observado durante el día el poder de las armas de fuego, y esperaban llegar á ser con ellas dueños de la selva, destruir todos los elefantes y enriquecerse en breve plazo.

José aceptó. Convínose en que llevarían á la *mechra* del Rek los colmillos, y que se les darían en su lugar las escopetas pedidas. Por consejo de su amigo el árabe, traía de París una docena de fusiles viejos y hacía un soberbio negocio desde los diez francos que cada uno le costara, hasta los quinientos que valía cada diente por término medio. Encantado con el éxito de su primera operación mercantil; durmióse después de hacerse frotar con aceite de palma, para acabar de curar las picaduras de las hormigas.

Al día siguiente volvían al puerto Rek. Nassar había aprovechado el tiempo para completar la caravana con unos ciento cincuenta porteadores, pertenecientes á diversas tribus. Eran la mayor parte muchachones de veinte á treinta años, de brazos musculosos, pierna enjuta, anchas espaldas y levantado pecho: un pedazo de tela les ceñía la cintura, y el resto de su cuerpo estaba lo suficientemente velado por una porción de ornamentos. No se veía de sus brazos y piernas sino los brazaletes de cobre y bronce, de marfil, campanillas de hierro, bandas de tela roja ó azul; en la cabeza tocas de piel de mono, crestas de pluma de abestruz ó de buho; sobre el pecho de los Nubios saquitos de cuero, como amuletos, que contienen versículos del Corán, y del cinturón, pendiendo un cuchillo, un hachuela de combate, un saco de provisiones y el banquillo de madera para asiento, porque la inmensa mayoría de los negros no consienten sentarse en el suelo.

Generalmente, las caravanas se aumentan con gran número de mujeres, libres ó esclavas, que los porteadores y soldados arrastran, ya por entretenimiento, ya para ayuda en llevar los fardos.

Nassar, gracias á su firmeza, disminuyó mucho este refuerzo; solamente algunas sudaninas, protegidas del doctor Delange, consiguieron el permiso de unirse á las embarcadas en Khartum.

La caravana salió de Rek el 14 de Febrero de 1873: desarrollábase en una sola línea de unas trescientas cincuenta personas, distribuídas del modo siguiente: á la cabeza el guía Nassar, vestido, según sus deseos, de una larga túnica roja y con grandes botas de cuero, á las que no está acostumbrado, que le incomodan mucho, pero de las que está orgullosísimo; estas botas constituyen un objeto de admiración para todos los negros, y contribuyen á aumentar su respeto hacia el guía; éste camina estirando las piernas, echando atrás la cabeza, adornada con un penacho; creeríasele en tren de bailar un *solo* en un baile de la

Ópera. Lleva en una mano una carabina, en la otra la bandera de la caravana; estandarte de capricho, adornado de la media luna y con algunos versículos del Corán bordados con letras rojas, porque en vano un europeo pretendería tremolar su pendón nacional en algunas comarcas africanas; los Nubios se negarían á seguirle: consienten en servir á un cristiano, pero á condición de hallarse ostensiblemente protegidos por la bandera del Islam.

Detrás del guía caminaban los músicos, golpeando tambores, restregando unos contra otros címbalos, ó soplando torpemente en trompetas rajadas; todo este estruendo, tan desagradable para los oídos europeos, es dulcísimo á los de los negros.

Baker dice que un viajero, tocando el cornetín, atravesaría sin dificultad el Africa; si llevaba su lujo hasta proveerse de un organillo con el repertorio de los Bufos ó del Renacimiento, veríase seguido por una muchedumbre entusiasta, y con su escolta danzante, sin cesar renovada, atravesaría sin riesgo los territorios más hostiles.

Tras de los músicos siguen los soldados: son cuarenta; los diez restantes cierran la marcha.

Aunque no llevan botas, siguen orgullosos á su jefe Nassar, con la carabina al hombre y la lanza en la mano; se agitan, cambian de lugar á cada instante, pero afectando siempre no tener relación alguna con los porteadores á quienes consideran como seres inferiores.

Entre los soldados y los porteadores está el

sitio reservado á los europeos: van á caballo, á excepción de la señora Poleš, cuyos largos pies vuelven al servicio, y de José, sentado en su burro. Un palanquín conducido por cuatro hombres se destina á la señora de Guéran, pero rara vez le usa; es demasiado activa, demasiado nerviosa para encerrarse bajo el mosquitero de ese lecho ambulante: á caballo ó á pie, puede llegarse á uno ú otro sitio, apresurar la marcha, dar á éste un consejo, un consuelo al otro, informarse de la salud de aquella mujer que se arrastra penosamente, interponerse en las querellas, hacerse útil á todos. Gracias á este ejercicio de alma y cuerpo, olvida que una caravana no avanza sino dos ó tres millas por hora en línea recta, y eso todavía cuando los hombres no van muy cargados ni el aire es sofocante.

Los criados siguen á sus amos: primeramente los dos intérpretes, Omar y Alí, á caballo como los europeos, porque es preciso contar con su concurso en cualquier momento; los servidores de ambos sexos: árabes, Nubios, de Khartum, del Sudán después, llevando los objetos de uso frecuente, como mudas de ropa, carabinas, cartuchos, botiquín y algunas provisiones. Las Sudaninas, vestidas con flotantes túnicas blancas y encarnadas, regalo de la señora de Guéran, con los brazos, los hombros y las piernas desnudas, forman un pintoresco y encantador grupo.

Son todas jóvenes y bellas, de cintura esbelta, de fuertes caderas, animosas para el trabajo y para la marcha; sobre su cabeza, bien

puesta, recta y firme llevan una gran calabaza llena de los utensilios necesarios á los blancos. No parecen sentir el peso de su carga, porque de tiempo en tiempo lanzan oblicuas miradas sobre los señores de Morin y Periéres que, jóvenes y elegantes ambos, deben ser para ellas ideales de belleza. Ambos señores, siempre al lado de la señora de Guéran, cuando no corretean por la vanguardia, son ¡ay! insensibles á las lánguidas miradas que arrancan. Las Sudaninas tienen que contentarse con el señor Delange, quien, á pesar de los suspiros y aun los codazos de la señora Poles, vuelve demasiado á menudo la cabeza hacia ellas.

Los porteadores, propiamente dicho, algunos contratados en Khartum, los restantes en Rek, desfilan en seguida, de dos en dos, cuando el sendero es estrecho; en desorden, cuando el terreno lo permite. Llevan los equipajes, los alimentos, el agua, las cajas de todas clases, las tiendas, los lechos, telas para regalos, alambre arrollado en un grueso carrete, para poderle medir con facilidad al hacer un pago. El señor Delange, cajero de la expedición, es quien desarrolla un trozo de alambre más ó menos largo, después de cada compra, y arregla cuentas; alguna vez se dirige á otra parte de su tesoro, de sus almacenes ambulantes, la que encierra el cobre, ó el hierro, las telas, los cristales, las armas viejas, y paga al contado según el deseo de los vendedores, ó la voluntad del jefe que reclama peaje. Para las compras en detalle, se fabrica moneda con

cauris, con cuentas sueltas de un collar, ó con pedacitos de cobre: esta moneda corriente, encerrada en un saco de cuero, pende del arzón de su silla, y á este portamonedas especial acuden, según sus necesidades, todos sus amigos.

Algunas mujeres que Nassar ha tenido que sufrir, y una veintena de negrillos siguen mezclados con el ganado; cuidan de grandes bueyes comprados á los Baggaras, y que sirven para la carga esperando los días de hambre; han resuelto sin embargo emplear todos los esfuerzos posibles para conservarlos, porque los caballos, las mulas y los asnos se aclimatan en el interior difícilmente; los camellos son casi desconocidos, y debe preverse el instante en que los europeos, fatigados, enfermos, sin cabalgadura, consideren á dicha tenderse sobre el lomo de un buey dócil, ó de mansa vaca.

Por último, diez soldados señalados por turno, forman la retaguardia con el fin de impedir las deserciones y animar los rezagados. Debe temerse la fuga, sobre todo cuando se encuentra alguna caravana que desde el interior se dirija al Nilo: hemos dichos ya, que el Africano tiene pasión por su suelo natal, y no obstante el prometido salario, los castigos á que se expone, muchas veces le acomete el deseo irresistible de abandonar á los amos con quienes marcha, para volverse con los que cruzan y ganar más pronto su aldea. Nunca huye por la noche, de miedo á las fieras y más aún al *Zomby*, el duende negro; pero durante

el día se escurre entre dos rocas ó salta en un matorral; es inútil ya perseguirle: la nostalgia le presta inteligencia y le hace hábil para ocultarse.

Los amos no hacen gran caso de las deserciones cuando son aisladas y se trata de hombres libres, entran en furor cuando es un esclavo el que trata de huir. Si ellos mismos han sido esclavos, si todavía su posición es ínfima, su cólera no halla límites: el hombre ó la mujer comprados con sus economías y con sus privaciones, es su bien, el sentimiento de la propiedad, muy fuerte entre ellos, les hace feroces, y desde la segunda jornada pudieron conocerlo los europeos.

XIII

El señor Periéres flanqueaba la columna, cuando reparó que uno de los soldados de la retaguardia tenía los brazos empapados en sangre; creyóle herido y se encaró con él.

—¿Cómo te has herido?—le preguntó.

—No estoy herido—respondió sombrío el Nubio.

—Pues ¿por qué tienes ensangrentadas las manos?

—No es sangre mía, es de mi esclavo.

—¡Tu esclavo?... ¿Tú tienes un esclavo?... ¿Quién te lo ha dado?... ¿Dónde le has cogido?...

—¡Le he comprado!—respondió orgullosamente el soldado alzando la cabeza.

—¿En marcha? Has desobedecido: hemos prohibido severamente á toda la caravana el comercio de esclavos.

—No he desobedecido: esa mujer me pertenece hace mucho tiempo; me ha acompañado en muchas expediciones y Nassar me permitió traerla.

—¿Dónde está?

—Allá abajo, en el matorral, junto al cual paramos últimamente.

—¿Por qué se queda rezagada? Sin duda la has maltratado.

—No; la he cortado la cabeza—respondió el soldado sencillamente, como si dijera la cosa más natural del mundo.

—¡Miserable!—gritó el señor Periéres asiéndole del brazo y obligándole á detenerse.

El negro no comprendió la causa de semejante indignación: tenía una esclava, obligada por tanto á seguirle, llevar su equipaje, moler su grano y guisar para él durante la marcha; había huído una vez y se había limitado á pegarla: al día siguiente se escapó por segunda vez, y él la mataba, persuadido de que tarde ó temprano, si la dejaba con vida, desaparecería, pasando á otras manos su propiedad.

El señor Periéres hizo detener la caravana, enviando los intérpretes al matorral designado